

PRESENTACIÓN

Dulcinea Tomás Cámara

Coordinadora del monográfico
Universidad de Alicante

La habilidad de auto-retratarse es una necesidad vital. De hecho, si un hombre fuera a vivir sin la capacidad de construir un retrato de sí mismo, no tendría aspiraciones, ni deseos, ni sueños propios.

Lo mismo puede decirse sobre una comunidad, una sociedad y sus pueblos. Una sociedad sometida cotidianamente a imágenes extrañas, eventualmente perderá su identidad y su capacidad para construir su propio destino.

El desarrollo de África implica, entre otras cosas, la producción de sus propias imágenes.

Gaston Kaboré
(Burkina Faso, 1954-)

La edición de un número monográfico sobre cine y África supone, todavía hoy, un desafío. Y no sólo por la distancia, cada vez menor, que separa a España de los Estudios Africanos, sino también por la dificultad que entraña acercarse a un cine que nos obliga a enfrentarnos, como productores indiscutibles del «esperanto de la imaginación» (Gubern, 1993), a una suerte de contraplano ontológico. Este número se edita con la vocación de emprender una revisión crítica del África fantasmal que Occidente retrató obsesivamente, en una exploración —tan real como imaginada— del continente negro, reducido y condenado a ser un mero espejo de los miedos, las obsesiones, los complejos y las proyecciones —casi todas hiperbólicas— de Occidente. Un cine que, aún hoy, manifiesta una ansiedad colonial subyacente, y demuestra un afán por nominar y domesticar aquello que le es profundamente desconocido, fenómeno que el crítico y dramaturgo nigeriano Femi Osofisan denominó «tarzanismo». Y es que, como afirmó el historiador camerúnés Achille Mbembe, los signos que pertenecen al campo de la vista son en sí mismos «una figura retórica y se expresa en una retórica no sólo como un medio de narración, descripción, y representación de la realidad, sino también

como una estrategia específica de persuasión, incluso de violencia», la violencia simbólica que proyectamos sobre África, inscrita en un discurso soterrado, cuando no abiertamente racista, explícitamente primitivista, pero sobre todo sorprendentemente naturalizado. El cine americano y europeo proyectó en sus salas no sólo películas, sino fantasías y reflejos de lo que creían debía ser *aquello* o debía existir *allí*. Occidente hizo del «nacimiento» de África — es decir, del África que sólo existía como mito— un ente absolutamente textual («un continente que se desea [...] sin ningún afán referencialista» como diría Jorge Urrutia en su semiótica africana). Y los directores africanos respondieron no sólo en sus propias lenguas —el patriarca del cine africano, el escritor y realizador senegalés Ousmane Sembène lo llamaría con una ironía exquisita, cine «africanófono»— sino con un lenguaje audiovisual propio y divergente, contestatario y experimental.

En este camino, coincidimos con el realizador burkinabé Gaston Kaboré, autor de la gran *Wend Kuuni* (1982), en que «El desarrollo de África implica, entre otras cosas, *la producción de sus propias imágenes*». La agencia intrínseca del cine africano, por su parte, posibilita la búsqueda, la preservación, la recuperación, la rearticulación y en última instancia la reinención de la tradición y la modernidad africanas, así como la crítica histórica y política, lanzada tanto contra las antiguas potencias coloniales y neocoloniales, como contra los procesos afrofascistas contemporáneos. De la misma forma, el cine africano propone una estética y una sensibilidad propias que no dependan necesariamente del canon occidental, a la vez que explora un lenguaje fílmico original y novedoso. El cine africano es un cine *afrocentrado* —valga la redundancia—, subversivo y heterodoxo, incluso en su faceta más popular, como puede ser el caso de *Nollywood*, una producción comercial de bajo coste que el realizador y académico maliense Manthia Diawara ha revalorizado como una representación de las nuevas estructuras sociales en conflicto con los efectos duraderos de las viejas formas, «un repositorio de un nuevo imaginario social africano, un nuevo proveedor de *habitus*, y un espejo de nuestras fantasías de escape de los problemas económicos y sociales».

Afortunadamente, son muchas las expresiones cinematográficas africanas que luchan por *contestar* el repertorio simbólico occidental *sobre* África, y de las complejas técnicas de significación o dotación de sentido que todavía imperan sobre un África «inventada», tal y como demostró el gran filósofo congoleño Valentin Mudimbe. La intención de este número sobre cine y África por tanto, es realizar el camino inverso para poder finalmente *ver* el África que es, que lucha por ser; una propuesta de abandonar la visión monomaniaca y sostenidamente «sustituvista» de Occidente sobre África para emprender el estudio de una narrativa audiovisual africana que, como afirmaba recientemente el académico y crítico cinematográfico gambiano Mbye Cham, «purgue sus historias de recuerdos impuestos».